

Esto empieza a doler

–¿Ha comido bien, señor Bryar?

–Un almuerzo excelente.

–¿Sorleys?

–No, un sitio... un sitio chino.

–Ha llamado su esposa.

Telefoneó a casa y se puso su mujer.

–Lo siento, cariño. Un almuerzo complicado...

Le resultaba extraño estar mintiéndole de nuevo. ¡Y sobre un funeral!

–Va a venir Tom. Haz un alto en Dalgliesh, ¿quieres?, y pillá un salmón. Que no sea de piscifactoría. La verdad es que más vale que vayas tirando, no sea que se acaben.

Corría el mes de julio de un verano asfixiante. Caminaba lentamente, pensando en la ceremonia a la que acababa de acudir. Entre la media docena de deudos, sólo conocía al abogado que le había presentado a Marie diez años atrás y que le había informado de su muerte la semana pasada. Se había llevado una sorpresa mayúscula: no sabía que estaba enferma, aunque también es cierto que hacía siete años que no la veía. Estuvo llorando de manera incontrolable durante todo el servicio fúnebre.

El dependiente de Dalgliesh extrajo un pescado del tamaño de su brazo de una cubeta con hielo y algas marinas.

–¿Qué le parece?

–Vale. ¿Podría...?

–¿Limpiárselo, señor?

–Por favor.

El hombre rajó el vientre de la criatura con un cuchillo de hoja corta y arrojó a un cubo las entrañas de color beige. Lavó el conjunto de escamas y carne roja y luego envolvió el pescado en un papel y lo metió en una bolsa de plástico.

Era diez centímetros demasiado largo para la nevera de la oficina.

–Mierda.

Bajó al almacén. Por el suelo se veían algunas trampas para ratones y cucarachas con su respectivo ocupante, pero se estaba más fresco que arriba. Con cierta prevención, metió el pescado en el cajón de un viejo archivador metálico.

Durante lo que quedaba de tarde, estuvo trabajando en los nuevos listados de alquileres. Cuando lo dejó, los ojos le ardían. Se había hecho tarde y tenía que darse prisa en llegar al metro. Sudando y echando el bofe, se plantó en Charing Cross justo a tiempo de pillar el tren de las seis cuarenta.

Una vez en el vagón, abarrotado de gente encaminada hacia su fin de semana, acabó pensando en Marie. No podían permitirse ir a hoteles, así que ella hacía como que mostraba interés por una de las propiedades de las que se encargaba la empresa de él. Cada casa en la que entraban era un mundo diferente. Hacer el amor en «la mansioncita victoriana suntuosamente decorada» o en el «apartamento con jardín coquetón» era aventurarse en una serie de vidas po-

sibles, cada una de ellas con sus propias e imprudentes alegrías: una tarde eran unos ricos rentistas; la siguiente, una pareja de estudiantes bohemios... Durante tres años, él se había sentido el hombre más feliz del mundo, y el más afortunado. Marie nunca le pidió que abandonase a su familia, cosa que él consideraba también como parte de su suerte. Y un buen día, repentinamente, ella puso punto final a la relación.

–Estoy enamorada de ti –le dijo con toda serenidad– y esto empieza a doler.

Su mujer lo estaba esperando fuera de la estación.

–¿Dónde está el salmón? –le preguntó.

Y un horror repentino se apoderó de él.

–Me... Me lo he dejado.

Ella apartó la vista de manera abrupta y luego se lo quedó mirando fijamente un instante.

–Tú eres tonto –le dijo–. Tonto de capirote.